

BAQUERO Y SU LECCION MAGISTRAL

LA primera vez que vi a Mariano Baquero fue en los comienzos del otoño de 1949, cuando pronunciaba su lección magistral en el concurso de oposiciones a Historia de la Literatura española y universal, en una sala del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Yo había llegado de Nápoles donde hice un curso de Literatura española contemporánea, y preparaba un libro sobre escritores españoles de aquel tiempo.

Como tenía experiencia de nuestras oposiciones, y pretendía también llegar a catedrático, me interesaba mucho ver cómo iban las cosas. Tenía mi particular criterio sobre esta cuestión desde hacía dos años, acaso tres, cuando tuve la ocasión de asistir, junto con Santiago Montero a presenciar unas pruebas a cátedras de Gramática General y Crítica Literaria.

Por entonces la Lingüística se había separado de la gramática tradicional, y el método de estructuras cobraba auge a través de la obra fonológica de Troubetzcoy. Yo había leído la edición francesa *Principes de Phonologie*, y me llamó mucho la atención oír en un análisis lingüístico de aquellas oposiciones hablar de sujeto, verbo y complemento; unas veces directo, y otras circunstancial, dado que el nuevo concepto de la Lingüística, tanto francés o suizo-francés, como alemán o danés, había prescindido de la vieja terminología, para incorporar, con elegante precisión otra, que sin olvidar la clasicidad, abría un horizonte de conocimiento verdaderamente atractivo.

De aquellas pruebas de Gramática General y Crítica Literaria, me quedó tal impresión que al año siguiente, yo era por primera vez opositor a esta cátedra, y aunque no me votaron, aprobé todos los ejercicios.



Dos años más tarde, oía la lección magistral de Mariano Baquero. Cuestión para mí interesante, ya que se trataba nada menos que de una disertación sobre la novela, desde una concepción universal y española. El tema era de pelos de punta intelectual, pensando que el joven opositor había de poner orden y rigor, en el tiempo escaso de una hora como máximo, en cuestión tan importante.

Y comenzó la disertación. Yo que tengo horror a los fonemas de Castilla que han enfatizado y endurecido el suave español de Andalucía, me quedé sorprendido oyendo la voz y la palabra de Baquero. En su exposición serena y pastosa, se oía un español de tal naturaleza que me hacía olvidar cierta manía a ese lenguaje nuestro que han convenido en llamar rotundo. El lenguaje de Mariano Baquero era preciso, suave, rítmico y elegante, y cuando las cosas se hacen de este modo, se olvida uno de lo que alguna vez ha pensado y hasta se arrepiente.

Como el tema literario iba tomando aire de piélagos para sintonizar con su concepto de la novela, el valor científico y programático de la lección crecía, como mi atención, la del tribunal y la del público, en tanto aparecían nombres de historiadores y críticos donde apoyaba su idea sobre un género fascinante y proteico.

La bibliografía era de una curiosa actualidad, conectada con la perenne referencia clásica. Lo más interesante para mí, fue que entre los nombres de actualidad europea había, con frecuencia, espacio para Ortega y Baroja sobre el concepto de la novela.

Minutos antes de acabar aquello, que tan bien sonaba y tanto sugería, el rostro del opositor, teñido de un suave color rojo, de elegante timidez se hacía más interesante y profesoral. Por mi parte ya no pensaba como aquella tarde de las oposiciones a Gramática General, y en el ritmo creciente de la teoría de Baquero, que buscaba el final de su concepto, en lucha con los minutos, percibía la disciplina y el trabajo a desplegar para ser un profesor.

Sus últimas o casi últimas palabras fueron: «por lo mismo, ni Rubén Darío ha sido novelista, ni Baroja poeta».

Fuera ya de la sala, me acerqué a él y le dije: «Yo soy de Murcia, de donde tú ya eres catedrático».

A los pocos días nos vimos en la Residencia de Pinar, y Mariano Baquero me recibió como amigo y ya catedrático de nuestra Universidad. Después, durante muchos años hemos convivido la Universidad, y nuestra amistad se fortaleció entre la enseñanza y las gratas peripecias de tantos años compartidos con actos culturales, siempre alegres, matizados por su vena de humor y simpatía.

En los últimos minutos que estuve junto a él, Ana, su esposa me dijo: «Tú fuiste su primer amigo de Murcia», y la verdad es que ha sido un honor como profesional y un hermoso hallazgo como amigo.

